HOMENAJE A ALBERTO SAURET*

Fausto Pretelin

El amigo y su atmósfera del ánimo

Existen personas, pocas, que tienen la capacidad de modificar, radicalmente, las *atmósferas del ánimo*. Sus presencias regeneran la estética cotidiana y, a la larga, lúgubre, en espacios gentiles, cargados de felicidad, bonhomía y sorpresa.

Existen personas que en el escuchar descubren la mejor aula del aprendizaje humano. Personas que en el humor encuentran el mejor descenso hacia el alma de los amigos (*espeleólogos de la amistad*); en la sonrisa, el mejor diálogo; en el cine, la ficción convertida en vida; en la música, la intermitencia de la perplejidad; en la lectura, el diálogo con la sapiencia; en el vino, la alegría líquida; en la escritura, la invención de uno mismo; en el amor, el fresco aire que regenera al corazón; en la ironía, el frac de la inteligencia.

Así era Alberto. Un Quijote que repartía conocimientos y amistad por los pasillos del ITAM. Un voceador que anunciaba festividades. Un personaje que sostenía batallas académicas en contra de la posmodernidad. A Alberto le inquietaba la brutal fuerza del pensamiento único y sus sucedáneos culturales. Así lo manifestó en la sección que denominó *Elogio a la herejía* en su libro *Textos atorrantes*.

En la sección de marras, Alberto cita a Truffaut para manifestarnos que “el cine es mejor que la vida”; a los hermanos Coen y su película *Millers &*

FAUSTO PRETELIN

Crossing para recordarnos que a él, a Alberto, le gustó mucho porque rompe con el paradigma comercial, es decir, en *Miller's Crossing* “el héroe en vez de propinarlas, recibe las madrizas”. Alberto vislumbra al dinero como el 8° arte universal propuesto por Hollywood. Sobre la película *Titanic* escribió: “Más grotesco y artificioso será volver seductor el trágico naufragio del Titanic, mediante el injerto de una historia estúpida con final postizo, inverosímil y melcochoso, subrayado hasta el paroxismo con los berridos de Celine Dion, que se prolongan en el lobby del cine, donde a precio de preventa podemos hacernos del *sound track* del mamotreto para seguir navegando edulcorados en casa y martirizando a los vecinos”.

Alberto reviste a la crítica de un metafórico diamante cuyos ángulos muestran la autenticidad, la libertad de escribir, la clara disposición al decir “no estoy de acuerdo”, el desenfado y la huída del servilismo de quien extiende la mano para que el patrón deposite unas monedas. Por ejemplo, Alberto criticaba la simulación por medio del ornamento arquitectónico de su cubículo. En efecto, a Alberto le gustaba bracear en contra del *tsunami* monopolista del pensamiento conservador, como el de Mario Vargas Llosa, quien Alberto califica como un caso escandaloso de mestizaje de inteligencia con aristocratismo racista. (Recordemos los infames adjetivos que Vargas Llosa le propinó al presidente boliviano Evo Morales cuando éste realizó una gira a España vestido con un suéter autóctono, que ni llevaba el cocodrilo de Lacoste ni la etiqueta de Ermenegildo Zegna.)

Jean Baudrillard, Paul Virilio y Gilles Lipovetsky son referencias que influyeron en el pensamiento de Alberto. Baudrillard y la virtualidad como prótesis de la realidad; Virilio y la rapidez de las redes que reducen el minuto a 30 segundos; Lipovetsky y el efecto de las marcas *Totalmente Palacio*.

Su fina y a la vez mordaz crítica, la trabajaba desde su auténtica fábrica de creatividad. Combinaba la imaginación lúdica del publicista, como lo fue; la reflexión del pensador comprometido, como lo fue; la sencillez del ser sapiente, como lo fue; y el compromiso del académico, como el que tuvo.

Le inquietaba la injusticia. La broma macabra de la realidad de los dos dólares con los que sobreviven dos mil millones de personas.

Me imagino a Alberto entre nosotros. Reflexionando sobre múltiples temas: la crisis financiera de Lehman Brothers y las tasas hipotecarias, los descabezados de México, los goles de Messi en el Barcelona, la nueva película de los hermanos Coen, el fracaso de George Bush, la maleta que hunde a la presidenta argentina Cristina Fernández.

Una mañana recibí la noticia de que mi cubículo no estaría en el Departamento de Estudios Internacionales. Me dijeron que estaría ubicado en el segundo piso de Estudios Generales. Asentí. Dos días después me alegré de la noticia. Alberto fue el primer visitante en mi cubículo. Charlamos cinco minutos. Después, solamente la excepción nos impidió encontrarnos, por lo menos cinco minutos al día, para intercambiar algún comentario. Yo gozaba cuando Alberto me invitaba a comer o cenar a su departamento porque él se regodeaba en la cocina. Su charla se convertía en la atmósfera que me cambia de ánimo. De esa atmósfera de la que hablé al inicio de esta lectura. En ella, en esa atmósfera descubrí al amigo. Al entrañable amigo que siempre tenía un comentario positivo sobre mis artículos periodísticos. Al amigo que me daba recomendaciones para mejorarlos.

En su ausencia encuentro uno de los detonantes de mi ánimo por vivir, por evolucionar y, sobre todo, por sonreír. Porque amigos como Alberto no se encuentran todos los días.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.